

bia publicado, salió con su arcabuz, y al primer tiro re-  
bentó y le llevó una mano. Conoció con su daño el  
secular que aquel bendito religioso su devoto habia si-  
do inspirado del cielo para lo que le dijo, y así lo pu-  
blicó, dando á todos grande ejemplo; y con aprobacion  
de vida sirvió al Señor hasta doce de setiembre de mil  
y seiscientos y quince años que pasó á gozar de la  
eterna, y fué sepultado en el convento de Mérida con  
aplauzo de varon santo. El padre Lizana tratando de  
él: "No digo muchas maravillas y milagros que el Se-  
ñor hizo por este su siervo, porque fuera alargarme  
mucho; mas solo digo que vimos por nuestros ojos que  
sanó enfermos que á sus oraciones se encomendaban,  
y dijo algunas cosas que sucedieron, y solamente re-  
fiere esta del arcabuz." Con sentimiento leo estas ra-  
zones que da: unas veces, que porque lo testificaban  
indios: otras, que por no alargarse: con que virtudes y  
maravillas de siervos de Dios quedan ocultas, porque  
yá no hay á quien preguntarlas para escribirlas, como  
parece fuera justo para gloria de Dios, honra de sus sier-  
vos y de esta provincia.

#### CAPITULO DIEZ Y SIETE.

*Da principio á la vida y milagros del venerable padre Fr.  
Pedro Cardete, provincial que fué de esta provincia.*

Es la Divina Providencia admirable en sus dispo-  
siciones, ordenando las cosas con fortaleza y dulzura.  
Consérvalas con su poder como fuerte, y guíalas con  
la benignidad de su clemencia suave, para que sus cria-  
turas le alabemos y demos continuas gracias, y con la

experiencia de sus maravillas, venerándole poderoso, siem-  
pre le esperemos benigno, si correspondiendo á lo fuer-  
te de la vocacion santa con que para sí nos atrae,  
nuestra tibieza no nos desvia del camino por donde la  
dulzura de su suavidad la dispone. Manifestó por es-  
tos tiempos lo magestuoso de su poder, conservando la  
vida tantos años al venerable padre Fr. Pedro Carde-  
te, ejercitado en ásperas penitencias, abstinencia sin-  
gular y mortificaciones continuas, acompañadas de acha-  
ques graves (regalo de siervos suyos), y juntamente os-  
tentó la suavidad de su disposicion en la misma con-  
servacion, para consuelo de sus fieles y ejemplo de to-  
dos. Fué de los inmediatos á los primeros ministros  
evangélicos que de España vinieron, y vivió hasta es-  
tos tiempos, para ejemplar de santidad á los modernos  
y atraccion de sus voluntades al divino servicio.

Fué nuestro venerable padre Fr. Pedro Cardete natu-  
ral de la Mancha, y aunque no quedó escrito el nom-  
bre de su patria y padres, supose que se crió con  
buena enseñanza en servicio de un santo obispo.  
Estudió la latinidad, y dado yá principio á la filoso-  
fia le llamó Dios á nuestra sagrada religion siendo de edad  
de quince años, y recibió el habito en el convento de S.  
Juan de los Reyes de Toledo, provincia de Castilla. Co-  
mo fue disposicion divina la que le guiaba á ser un  
gran siervo del señor, desde luego comenzó la gracia á  
manifestar su poder en el ánimo de nuestro venerable padre,  
correspondiente á la vocacion santa. Ayudó á la buena  
inclinacion de su fervoroso espíritu con las ejecuciones  
virtuosas, y llevando tras sí la atencion de todos los religio-  
sos admiraba ver en tan tierna edad y tan presto muestras de  
santidad grande y virtud perfecta. Era en lo natural de  
buen rostro, muy blanco y perfecto en la composicion  
de su cuerpo, con que todos daban gracias á Dios vien-  
do en un sugeto tantos dones de naturaleza y gracia. Es-  
tudió la filosofia en la órden y la teología, en que se

aventajó á otros, y despues con sus sermones adquirió nombre de orador famoso. Para aumento de su virtud y letras, se fué á nuestro convento de Alcalá de Henares (seminario de ámbas ciencias divina y humana) donde resplandecia venerado, que no es pequeño elogio donde hay tanto bueno merecer algún singular particulares atenciones. En aquel religiosísimo convento estaba cuando Dios le llamó para apóstol de Yucatan: beneficio universal, gloria y honor de este reino, que en tal estimacion tiene haberle gozado vivo y poseer las santas reliquias de su cuerpo despues de muerto. Halló diversidad en señalar el tiempo en que vino de España, porque el padre Lizana dice que fué el año de mil quinientos cincuenta y tres. En el proceso jurídico que el obispo D. Fr. Gonzalo de Salazar mandó hacer de su santa vida y dichosa muerte, se dice que vino en compañía del santo obispo Landa, y aunque no singulariza si fué cuando vino religioso, ó cuando volvió obispo, se colije de él que fué en esta ocasion, y no en la primera, porque así se ajustan cuarenta y siete años que se dice habia venido de España cuando murió, aunque no cumplidos.

Luego que llegó á esta provincia, le ocupó la obediencia en predicar á los españoles, para que gozasen de su santa doctrina. Con ella y la perfeccion de vida que en el veian los oyentes, fué grande el fruto que logró de su apostólico trabajo, como consta del proceso de su vida, porque allí se dice testificado que granjeaba tantas almas para Dios con el buen ejemplo de su vida, como con su predicacion santa, y que ésta hacia gran efecto en los corazones de los fieles, como les era notorio que ejecutaba con las obras en su vivienda todo lo que les predicaba en el púlpito con los sermones. Como muchos años fué esta su ocupacion continua, no supo el idioma de los indios con la perfeccion que otros ministros, con que no pudiendo por sí

predicarles, siempre que hallaba intérprete lo hacia por medio de él, y estimaba mucho á los que predicaban á los indios. Suplia para con éstos el defecto de la lengua con el buen ejemplo que les daba, por cuya causa le reverenciaban, de suerte que al padre Lizana dijeron muchos indios viejos que les daba mucho miedo el verle cuando le encontraban, y era respeto reverencial que le tenian. Conociase esto, porque no extrañaban comunicarle, y en viéndose en algun trabajo ó afliccion, recurrian al santo varon, como á padre piadoso, á pedirle lo que necesitaban. Consolábalos con tan amorosas palabras, y remediaba si podia sus necesidades con tan caritativas obras, que el respeto y reverencia pasaba á amor, y se les aumentaba la confianza para acudir á él en todas ocasiones.

La perseverancia que tuvo en acudir á la comunidad fué de las grandes que se han visto en qualquiera religioso que mas la haya seguido, sin que jamas faltase á acto de ella ni á hora del coro, aunque hubiese de predicar, hasta dos años poco mas ó menos ántes que muriese, que viendo el superior su mucha vejez y graves achaques, le mandó que se bajase á una celda de la enfermería, donde tuvo los santos ejercicios que despues se dicen. Fué muchas veces guardian de diversos conventos y provincial de esta provincia, como yá se dijo, pero nunca aflojó un punto de la aspereza de vida con que se trataba. Siendo enfermo de achaque de asma, que le fatigaba mucho, nunca usó lienzo sino túnica, como pudiera estando muy sano y en tierra muy templada. Su cama era un solo petate (que es mas delgado que una estera de España) sobre los cordeles, con un pobre cobertor por la decencia. Su vestido áspero y pobre, tanto que siempre buscaba hábito viejo que ponerse, y si se rompía le remendaba él propio por su mano, sin permitir que otro lo hiciese por él. No solamente observó los ayu-

nos obligatorios por la regla y la cuaresma que llamamos de los benditos, sino otros muchos que aumentaba por su devocion y mayor maceracion de su cuerpo. A ellos acompañaban muy ásperas y continuas disciplinas, siendo tantas sus penitencias, que ponía admiracion á todos ver cómo vivía un hombre de tantos años, tan flaco que no parecía tener mas que la piel y los huesos, gravado con penosas enfermedades. Su mayor asistencia de dia y de noche era en el coro, donde por ella había gran puntualidad en todo, y apenas se decía un mal acento, cuando, si no era prelado para enmendarle, hacia alguna señal para que se advirtiese, y luego se corregía. Continuamente despertaba al religioso que tocaba la campana á maitines, tan cuidadoso de que todos asistiesen á ellos, que faltando una noche el provincial salió del coro el bendito padre, y aunque lo que allá pasó no se supo, lo que se vió fué que muy presto vino con él al coro. Todos lo atribuyeron á que aunque el superior hubiese faltado con justa causa, el respeto y veneracion que se le tenía le habría hecho ir en su compañía. ¿Quién faltaría de los demas con esto? Era tan celoso de la honra de Dios, que en su presencia no se había de hablar ni aun una palabra ociosa.

Visitábanle obispos, gobernadores y otras personas nobles, así eclesiásticas como seculares, por la devocion con que le veneraban; y como le hallaban continuamente de rodillas orando, los recibía en pié y hablaba con mucha brevedad de palabras, y los despedía, y como yá le conocían, con la misma brevedad se despedían de él gustosos, porque sabían lo hacia para continuar su oracion, y iban consolados con haberle visto aquel breve rato. El capitán Ambrosio de Argüelles, de quien se ha tratado en otra parte, era muy devoto de este bendito religioso, y le visitaba con frecuencia, aunque con la brevedad que se dice. Fué á verle una vez, y hallando cerrada la puerta de la celda, llamó. Abrióle

y vióle con una pluma en la mano, y le dijo: Sea bien venido, hermano: yo le perdonara la visita, por estar escribiendo cosas del servicio de Dios, y piensan los seglares que hacen mucha merced en visitar á los religiosos que estamos siempre ocupados. Respondióle que no iba mas que á verle, y sin hablarle otra palabra se fué, y dijo que muy consolado con haberle visto, aunque despedido al parecer con despego.

Eligiéronle provincial, y siendo vigilantísimo en que se ejecutase con entereza la observancia de la disciplina regular, tenía unas entrañas de madre amorosa para los religiosos. Siendo su modo de vivir para con su persona tan áspero, para con los demas era muy piadoso y compasivo, sintiendo sus necesidades y aflicciones, y mas cuanto mas infimo era el estado de los que las padecían. Así era mas piadoso con los novicios coristas y legos que con los demas religiosos sacerdotes. El amor que á los indios tenía era entrañable, y así no les había de tocar ministro doctrinero al pelo de su ropa. Si algun indio se le quejaba, por liviana que fuese la queja, hallando al ministro culpado la castigaba como si fuese un grave delito, diciendo que la humildad del indio merecía se le perdonasen otros defectos que tuviese, y que como plantas nuevas se habían de guiar con blandura y no con aspereza, aunque los hallasen culpados, porque no quebrasen en la fé, que es lo principal. Y aunque tal vez es necesario mostrarles alguna severidad moderada con caridad y prudencia, el bendito prelado no quería que hubiese mas de caridad, blandura y mansedumbre para con los indios.

Acabado el trienio de su provincialato se recogió al convento de Mérida con intencion de darse todo á Dios, y olvidar las cosas de este presente siglo. Para esto pidió al prelado que siendo posible le excusase salir fuera del convento, salvo si la caridad y necesidad de los fieles pidiese otra

cosa. Concediósele su petición, y desde entónces hasta que murió no salió del convento, sino hubiese de resultar algun gran bien, ó evitar algun mal con su salida. Para que se vean qué tales eran, referiré una que testificó el padre Tomas Dominguez, rector del colegio de la compañía de Jesus. Gobernó estas provincias (como yá se dijo) don Carlos de Samano y Quiñones, y en su tiempo se ofreció una causa muy grave, porque estaba resuelto á executar una justicia que en la ciudad de Mérida se sentia mucho. Ningunos ruegos ni intervencion bastó para moverle, porque se cerró mandando que á ninguna persona se abriese la puerta para que le pudiese ver ó hablar. En esta ocasion por instantes ruegos que hicieron á este Vble. padre, salió para casa del gobernador, á quien hubieron de decir cómo habia llegado allí. Al punto mandó abrir las puertas y salió á recibirle, y ántes que le hablase palabra alguna le dijo el gobernador estas: No se puede hacer justicia en esta tierra, porque ¿cómo puedo negarlo que V. paternidad pidiere? El bendito padre le respondió: "Sr. gobernador, yo no pido que no haga justicia, sino que la haga con moderacion y pecho cristiano." Y sin decirle otra cosa se despidió y fué al convento. Despues de salido, dispuso el gobernador la causa muy á gusto de todos, y cesó en la ciudad el sentimiento. Vease cuán notorio era que sin causa gravísima no salia del convento, y la veneracion con que de todos era estimado.



## CAPITULO DIEZ Y OCHO.

*Prosigue la vida del venerable padre, y dícense algunas cosas maravillosas de ella.*

Vivia nuestro V. Padre en la reclusion voluntaria que se ha dicho, y así tenia el tiempo distribuido, que ni le faltaba para ejercicio suyo, ni le sobraba, aunque se le ofreciese alguna ocupacion extraordinaria, y especialmente siendo maestro de novicios, como lo fué despues de provincial. Antes que á media noche tocasen á matines yá estaba en el coro, y cuando era hora, despertaba al que habia de tocar. Despues de ellos, y cuarto de oracion de la comunidad, se quedaba de rodillas orando con los novicios, y tenia su disciplina con ellos, ó él á solas, despues que á las tres de la mañana los habia enviado á recoger. Quedábase otra hora en contemplacion, y pasada se iba á la celda, donde se ocupaba en leer libros de devocion, hasta que despertaba á prima, á la cual asistia con la comunidad. Quedábase despues una larga hora en el coro, preparándose para decir misa, para la cual salia con tal compostura que movia á todos á devocion y reverencia. Tardaba su decir misa como tres cuartos de hora, y acabada, se iba al coro, donde estada una entera, dando gracias á nuestro Señor, y de allí se iba á la celda. En ningun dia se desayunó con chocolate, atole ni otra cosa, hasta la comida de medio dia, cosa de admiracion, y mas cuando era yá muy anciano y tan enfermo. En el espacio que habia hasta tocar á comer, daba lugar para que le hablase quien tenia algo que comunicarle. Comia con la comunidad, pasaba la siesta en su celda sin dormir, y lo restante de la tarde, fuera de las horas del coro y ejercicios de los novicios, gastaba en leer libros de devocion y ejemplos de santos, con que consiguió tal quietud de ánimo, que no daba lugar para que co-

sa alguna le perturbase su oracion y santos ejercicios de dia ni de noche.

No solo se ocupaba en lo referido para con la Majestad Divina, mas tambien ejercitaba la caridad con los prójimos. Dentro en el convento visitaba á los religiosos enfermos, solicitando que fuesen curados y regalados con mucho cuidado. Consolábalos, y como le tenian por santo se alegraban mucho con sus visitas. Aunque no salia del convento, gozaban los pobres de la ciudad los efectos de su caridad, solicitándoles el remedio de sus necesidades, las cuales le enviaban á manifestar. Yá se dijo cómo le visitaban los gobernadores, obispos y otras personas nobles, que le ofrecian socorro á sus necesidades corporales, y nunca para sí recibió cosa alguna, como consta de la informacion jurídica. Respondia con agrado: Sea por amor de Dios, mas bien tengo que merezco, no soy yo el menesteroso, otros hay cuya necesidad clama al cielo. Preguntábanle que quién era, que acudirian á ella con buena voluntad, y entónces manifestaba la persona y la necesidad, la cual socorrian no solo en Mérida, sino en otras partes, y el siervo de Dios encomendaba el secreto á los que lo daban y recibian, con que granjeaba mérito á los ricos, vestido y sustento á los pobres, venerando su santidad los unos y los otros.

La reverencia en que todos le tenian, se conocerá por lo que testificó el padre rector de la compañía, inmediatamente á lo que se dijo en el capítulo antecedente. Yá se dijo cómo Francisco Ramirez Briseño, gobernador de estas provincias, fué muy soldado y persona de gran valor, animoso, y esforzado corazon. Este caballero dijo al padre rector que saliendo una vez de visitar al santo varon dijo á los que le acompañaban que la visita y comunicacion del padre Fr. Pedro Cardete le habia causado tanto respeto y veneracion, que en su vida le parecia que no habia tenido

temor á otra persona, tanto como al dicho padre Cardete. Y dice el padre rector en su testificacion que hizo reparo en esto cuando se lo dijeron por el conocimiento que tenia del grande ánimo y curso en ejercicios de la guerra, en que tanto se habia el gobernador ejercitado.

Conocióse por lo que se experimentaba que este siervo del Señor tenia algunas revelaciones en cosas tocantes al bien de los prójimos. Viniendo un devoto suyo á consultarle un caso que se le habia ofrecido, de mucha importancia, llegó á hablarle estando para querer decir misa, y ántes que le hablase, le dijo el bendito padre: El negocio conviene que se haga de tal y de tal manera. Vaya con Dios, que quiero decir misa. Quedó el hombre admirado, porque á nadie habia comunicado lo que venia á tratarle. Hizo lo que le ordenó, y le salió cierto como le dijo.

Una niña estaba muy enferma, y su madre envió á un hermano suyo que rogase al siervo de Dios la encomendase á su Divina Majestad, para que la diese salud. Vino el hombre apresurado á la celda, donde vivia, y ántes que le hablase le dijo: vaya, señor, que yá espiró la niña, que así convino. Volvió á casa el hombre, y hallando la niña muerta, dijo lo que le habia pasado. La madre se consoló, y dió muchas gracias á Dios, que tanto bien le habia hecho de llevar aquel angelito al cielo, quitándola de los peligros de esta vida.

Otros devotos del santo, que aun vivian cuando el padre Lizana escribió su devocionario, dice que tenian un niño á quien amaban tiernamente: llegó á estar tan enfermo, que le juzgaban yá por muerto, y lleváronle al bendito padre para que le dijera un evangelio. Habíendosele dicho, rogáronle la madre y abuela que pidiese á Dios la salud de su niño, y les dijo: el Señor le concederá la salud. Fuéronse, y cuando llegaron á su casa, yá el niño estaba sano y bueno. Pocos tiem-

pos pasados enfermó otra vez el mismo niño, y con el seguro del beneficio referido, recurrieron al santo varon como la primera vez, y les dijo: no es justo pedir lo que el Señor concedió una vez y yá lo niega, porque el mayor bien que nos puede hacer es llevarnos por caminos seguros á su gloria, y el mas seguro, y en que muestra su misericordia, es llevar á los fieles ántes que abran los ojos al mundo, porque somos tan frágiles que fácilmente caemos. El Señor quiere para sí esa criatura, y morirá sin falta muy presto. Asi sucedió, quedando los padres consolados por ver llevó Dios para sí aquella criatura.

Tenian estos mismos ciudadanos un árbol frutal en su casa, cuyo fruto llaman guayabas, y el siervo de Dios gustaba de comer de él, con que los dueños reservaban el fruto de aquel árbol para enviársele. Fué cosa digna de admiracion que todo el tiempo que vivió tenia el árbol fruto todo el año, con una singularidad grande, que no queria mas que dos guayabas cada dia, y siempre que iban al árbol hallaban no mas de las dos, las cuales ningun dia faltaron, hasta que murió el bendito padre, y luego se secó el árbol, que no fué mas de provecho, aunque su madera la guardaron para reliquias.

En el puerto de Campeche se embarcó un vecino de aquella villa en una canoa para ir á un pueblo de su encomienda, y le cogió una tormenta que le llevó la mar á fuera sin poder arribar en mucho tiempo. No pareciendo por las costas, y sabiendo que no llevaba comida ni bebida mas que para cuatro dias, y considerada la fuerza de la tormenta, le juzgaron por muerto, y como á tal le hicieron el funeral. Su madre de este encomendero era devotísima del santo padre Cardete, y luego que vió la tormenta y conoció el peligro de su hijo, le despachó un mensajero pidiéndole que rogase á nuestro Señor librase á su hijo de aquella tormenta. Dándole el re-

cabo al bendito padre, respondió al que se lo dijo. Vaya, hermano, que mas cierta es la muerte de la madre que la del hijo, que vivo es y anda por la mar, y cuando llegue á Campeche hallará á la madre muerta. Volvió el mensajero á Campeche, y halló cumplido lo que le dijo, porque la buena señora era yá difunta, y el hijo venia de vuelta á Campeche. Allí publicó que Dios le habia sustentado veinte dias sin comer él ni los indios remeros, y que la Virgen de Izamal le libró, y encomendarse al santo padre Fr. Pedro Cardete.

Siendo guardian del convento de Mérida el reverendo padre Fr. Alonso de los Reyes, que fué despues provincial de esta provincia, llegó á él en una ocasion, y le preguntó quién era el padre Fr. Juan del Hierro que estaba en España. Respondióle que era un religioso grave, y provincial de la provincia de los Angeles. A lo cual dijo el bendito padre. Este padre ha de ser general de la orden. Así se vió, saliendo electo en el capítulo general celebrado en el convento de Ara-Cœli de Roma, á nueve de junio de mil seiscientos doce años. Y en la testificacion de este dicho se refiere que el padre Cardete nunca conoció al dicho padre, que fué general, ni tuvo correspondencia con persona de España de esta provincia, por donde se tuvo por cierto que fué revelacion del Señor, que como á siervo suyo le hacia estos y otros favores en la oracion en que era tan continuo.

Uno testificó de vista el padre Fr. Juan Fernández, religioso lego, el cual dice así: "Que habiendo sido el padre Fr. Pedro Cardete su maestro de noviciado, y como á tal comunicádole con la continuacion que se puede entender. Que de cuantas veces entró en su celda, solas cuatro ó cinco poco mas ó menos le halló que no estuviese de rodillas orando vocal ó mentalmente, porque siempre decia que le faltaba tiempo para camino tan largo como era de esta vida á la otra.

En particular (dice) sucedió, puede haber cosa de doce años, que causó á este testigo grande admiracion, y fué que una noche, despues de haber salido del coro todos los religiosos del cuarto que se suele hacer de oracion á prima noche, se quedó el dicho padre Fr. Pedro Cardete en el coro, y entrando este testigo en él, como entre las nueve y las diez, halló luego inmediatamente á la entrada del dicho coro á un religioso llamado Fr. Juan Roldan, que habia dos dias que habia llegado de España al dicho convento, y por ser tan nuevo no conoció al dicho padre Fr. Pedro Cardete, y con grande alboroto y admiracion llamó á este testigo diciendo: Padre, padre, ¿qué padre es este que está tan alto del suelo? Y este testigo á este mismo tiempo iba entrando en el dicho coro, y vió hácia la parte que el dicho padre Juan Roldan le decia, al padre Fr. Pedro Cardete rodeado el rostro de una grande luz y resplandor, por donde le pudo conocer este testigo era el dicho padre Fr. Pedro Cardete, que sin la dicha luz no le pudiera conocer por estar en un rincon del coro y muy distante de la puerta donde le vió y conoció. El cual dicho resplandor y luz salia del rostro del dicho padre Fr. Pedro Cardete, á manera de un globo que le rodeaba todo el rostro, y era mayor que la luz de cualquiera hacha encendida ó lámpara, de donde entendió claramente este testigo, y el dicho religioso, ser luz y resplandor sobrenatural. Y este testigo le dijo al padre Fr. Juan Roldan que se sosegase y no alborotase el convento, que era un santo viejo, y despues de su muerte se publicaria esta maravilla &c." Y despues dice que lo referido lo vió tambien el padre Fr. Luis Tirado, recién venido de Castilla, que estaba en el coro un poco apartado del santo padre Cardete, y debia de estar en oracion, y como aun no le conocia, con la misma admiracion que el padre Roldan le preguntó quién era aquel padre, y cómo se llamaba,

viendo que de él salia aquella luz y resplandor.

Ocupado este santo varon en tan santos ejercicios, y en una vida angélica, que tal parecia la suya (segun testificaron los testigos de su informacion, y era voz comun de toda la ciudad y esta tierra), llegó á estar muy viejo y impedido de poder seguir la comunidad, y hubo de bajarse á la enfermería, donde le dieron una pobre celdita y vivió el resto de su vida.

#### CAPITULO DIEZ Y NUEVE.

*Ejercicios del bendito padre en su senectud. Cómo supo su muerte, y se dispuso para ella.*

Yá tenemos al valeroso soldado de Cristo en el palenque del último certámen de esta vida, faltó como en suma senectud de fuerzas corporales, atenuadas con la edad ayudada de continúa mortificacion y penitencias, pero con vigor de jöven en el espíritu. Junto á la enfermería donde el bendito se recogió, hay una capilla donde está una imágen de nuestra Señora de la Soledad muy devota, y á quien tenia muy singular veneracion. Vestía la santa imágen y adornaba su altar con limosnas que sus devotos le daban para ello, y en él decia misa. Aunque siempre era con tanta devocion que la causaba á los oyentes, en este tiempo pasó á admiracion viéndosela decir con el sosiego y vigor que cuando era mancebo, sin omitir genuflexion ni ceremonia alguna persona yá de tanta edad tan sin carnes que con la vista se le podian contar los huesos, tan enfermo, como se sabia que estaba, tan sin fuerzas que no podia moverse, y tan debilitado que siempre pre-